

90
AÑOS
DE SU CANONIZACIÓN



**Crónica de la Ceremonia
de Canonización de San Juan Bosco.**

Crónica de la Ceremonia de Canonización de San Juan Bosco

Roma, 1 de abril de 1934. Pascua de Resurrección

Por Eugenio Ceria

El último volumen de las Memorias Biográficas de San Juan Bosco, escrito por Eugenio Ceria, está dedicado a la "Glorificación" y abarca el período de 1888 a 1938. En él se relata todo lo referente a la canonización de Don Bosco el 1 de abril de 1934, hace ahora 75 años. Comenzaba la Pascua.

Eugenio Ceria, como testigo directo del acontecimiento, relata toda la ceremonia. Se trata, no lo olvidemos, de un pontifical, una ceremonia al uso de la época, a la que hoy no estamos acostumbrados, pues las ceremonias en las que participa el Papa han sufrido una profunda transformación tras la reforma litúrgica del Vaticano II.

En San Pedro

Raras veces, quizás nunca, contempló la Basílica Vaticana una alegría pascual tan nueva, tan fresca, tan inesperada como en la Pascua de 1934. Con aquella Pascua se cerraba el jubileo, diecinueve veces secular, de la Redención y se celebraba la santidad de un apóstol que había llevado los beneficios de la Redención a infinidad de almas.

Desde el amanecer se dirigía hacia San Pedro una multitud cosmopolita desde todas las partes de la Urbe. A las seis se abrió el paso, a través de las barreras de los guardias que vigilaban los accesos, contenían las impaciencias y lograban que se pudieran controlar los billetes de entrada; a las siete y tres cuartos ya habían penetrado en el templo las sesenta mil personas de que es capaz. Otras cien mil, al menos, quedarían fuera. ¡Un espectáculo único en el mundo! Gente de toda condición, sexo y edad, sacerdotes, clérigos, religiosos, religiosas, estudiantes, profesionales, obreros, señoritas elegantes y mujeres sencillas del pueblo, con extraordinaria diferencia de aspectos, de modos de vestir, de lenguas, se apretujaban bajo las bóvedas de la basílica y en la plaza más grande del mundo, unidos en un solo sentir con don Bosco y con Pío XI.

En el exterior aumentaba por momentos una masa compacta, cuyos ojos se dirigían hacia lo alto de la galería de las bendiciones, para contemplar la imagen del Santo representado en la gloria. Habíase previsto que muchísimos millares de fieles se habrían visto obligados a permanecer fuera de la iglesia y, en consecuencia, se preparó a la derecha de la escalinata un altar para celebrar misas al aire libre. En él celebraron, con cierto intervalo de tiempo, dos neosacerdotes salesianos, ordenados la víspera por el Cardenal Vicario. Por la misma razón se habían tomado otras medidas. Se había instalado una fuerte valla, de una a otra parte de la columnata berniniana, que dividía la plaza en dos. En el espacio entre la valla y la escalinata, que se mantenía desocupada, podían entrar los que poseían "billete de entrada para la plaza".

En razón del grandísimo número de los que no habrían podido obtener el billete de entrada en la basílica, se había inventado, con asentimiento del Pontífice, aquel billete de consolación, con el fin de poder proporcionar una semi-satisfacción a todos los millares que fuere posible.



A las ocho ilumináronse en un instante en el interior de la basílica los centenares y centenares de arañas de luz instaladas a lo largo de las arcadas, pendientes de las bóvedas y alrededor del altar de la Confesión, prestando a la basílica un aspecto fascinante. En la "Gloria" de Bernini del ábside, donde se había colocado para la beatificación la pintura que representaba al Beato, resplandecía, en

medio de un fulgor de luces, la figuración de la Santísima Trinidad, a la que especialmente se dirigen el honor y la gloria en los días de las canonizaciones. Bajo la cátedra de San Pedro se levantaba el trono papal. Por ambos lados, hasta el altar de la Confesión, había largos sitiales para Cardenales, Patriarcas, Arzobispos, Obispos y altos Prelados. Sobre el altar, adornado con sencilla magnificencia, brillaban los seis espléndidos candelabros de plata, cincelados por Cellini. *In cornu evangelii*, sobre las gradas, estaba encendido el cirio pascual en un candelabro monumental de mármol. A la otra parte, colocados sobre una mesita, estaban los dones rituales de la Postulación. En las galerías de la Verónica y de Santa Elena se veían colgando los lienzos con las pinturas de los dos milagros, que ya conocemos.

A lo largo de las gigantescas paredes se levantaban las tribunas. En el ábside presbiteral, a la derecha y a la izquierda, las destinadas a los Soberanos y Príncipes; después otras para la familia del Papa, el Cuerpo diplomático, la Orden de Malta, los parientes del Santo, la Postulación de la Causa, la aristocracia y el patriciado, representaciones y delegaciones especiales.

En los dos brazos del crucero tenían puesto reservado los alumnos de los colegios salesianos y las alumnas de las Hijas de María Auxiliadora; en amplios sectores para los Cooperadores y exalumnos: por lo menos veinte mil en total.

Aquellos muchachos, que se fueron orientando poco a poco en un ambiente tan archisolemne, impacientes por la larga espera, se pusieron a cantar el *Don Bosco ritorna* y otros himnos salesianos. Los celosos guardianes de las tradiciones del sacrosanto lugar intentaron oponerse a tan inaudita novedad; mas, previendo su impotencia ante la avisada turba de cantantes, acabaron por dejarlo correr. En realidad era el Aleluya pascual más en consonancia con la circunstancia, el Aleluya de la juventud, que en la vetusta basílica preludiaba la inminente apoteosis del gran padre de los muchachos.

En el momento de la iluminación a que nos hemos referido, estaban las tribunas llenas. Veíase en las de los Príncipes y Soberanos al príncipe heredero de Dinamarca, Cristián Federico; a la princesa Ana de Battenberg con sus damas de compañía; a la archiduquesa Inmaculada de Austria; al príncipe Federico Cristián de Sajonia con su esposa e hijo; al archiduque Hubert con

su esposa, acompañados por los príncipes Salm; al príncipe Albrecht de Baviera y su esposa, acompañados por la princesa Julia de Oettingen-Wallenstein y la condesa Guedelinda de Preysing con dos hijos; al príncipe Juan Jorge de Sajonia; a la princesa Estefanía de Bélgica; al príncipe don Pedro de Orleáns-Braganza con su esposa, al hijo príncipe don Pedro y su chambelán; a la archiduquesa Inés de Habsburgo-Lorena; al príncipe de Asturias Alfonso de Borbón con su esposa; el príncipe Federico Leopoldo de Prusia con dos personas de su séquito. Este era neófito. Llegado a Roma para la canonización de don Bosco y convertido al catolicismo, había abjurado del protestantismo el día anterior y aquella misma mañana de Pascua había recibido la primera comunión.

Pocos minutos después de las ocho entraron el Rey y la Reina de Tailandia con tres príncipes reales y cuatro personas del séquito. Les había llevado en dos coches de la Ciudad del Vaticano el conde Caccia, y les acompañó al apartamento del Mayordomo, para que asistieran al desfile del cortejo papal hasta que éste se hallase a punto de entrar en la basílica. Un piquete de guardias suizos les hizo escolta de honor mientras iban a la tribuna reservada para ellos. Los Soberanos tailandeses conocían a los Misioneros Salesianos en su reino y deseaban, aunque no eran cristianos, honrar a su Santo Fundador.



En aquel mismo momento tenía lugar en el vestíbulo de la escalinata Braschi la recepción del Príncipe del Piamonte. Anunciaron su llegada tres toques de trompeta. Precedido de un coche guía llegó el suyo, y detrás otros cuatro con los miembros de su Casa civil y militar.

Descendió Humberto de Saboya, vestido con uniforme de gala de general, con el Collar de la Anunciación y las insignias de la suprema Orden de Cristo, saludó la bandera de la Guardia Palatina que rendía los honores militares, y, saludado él por Mons. Nardone, secretario de la Congregación del Ceremonial, y por el príncipe Massimo, superintendente de las postas pontificias, acompañado por el conde De Vecchi, Embajador de Italia ante la Santa Sede, y seguido del comandante de la Guardia Palatina, al son de la marcha real, pasó revista a la compañía de honor. Llegó entonces al zaguán de la escalinata, estrechó la mano de los personajes que le eran presentados y, escoltado por la Guardia Suiza y precedido por un Sargento Mayor de la misma, por cuatro "bussolanti" y dos "sediari", se dirigió hacia el interior de San Pedro. El arzobispo Pelizzo, económico de la reverenda fábrica de la basílica, asistido por los maestros de ceremonias del Cabildo Vaticano ofreció el agua bendita. Su Alteza se santiguó, atravesó las salas de la sacristía y fue a arrodillarse en la Capilla del Coro, donde estaba expuesto el Santísimo. Después de una breve adoración, pasó a la nave central y se dirigió hacia su tribuna, a pocos pasos del trono papal. Cuando la multitud reconoció al representante del Rey de Italia, prorrumpió en fuertes aclamaciones.

El respondía sonriente con la mano. Cuando llegó ante la Confesión, los muchachos le tributaron una ovación frenética. En las tribunas de las representaciones italianas se

levantaban los brazos con el saludo fascista. En el ábside resonaron los vítores de los embajadores y de la población romana. El Príncipe, con garbo y gracia, se volvía de un lado para otro dando gracias, hasta que llegó a su propia tribuna, donde se arrodilló devotamente e inclinó la cabeza entre las manos en actitud de oración.

Mientras el público distraía la espera observando la llegada de los Príncipes y Soberanos y del hijo de Víctor Manuel III, ya había hecho parte de su camino la incomparable procesión que precedía el cortejo papal. Detengámonos a describirla.

Procesión y cortejo papal

Pío XI quiso, con un gesto paternal, que los que no habían podido ingresar en la basílica, tuvieran también la satisfacción de ver algo... y al Papa; dispuso, pues, contra la costumbre, que el desfile hiciese un amplio giro desde el portón de bronce por la plaza hasta el centro de escalinata y que después... subiera poquito a poco hasta el atrio de la Basílica. ¡Qué de novedades en aquella canonización! Hubo todavía otra innovación. La vanguardia de los cortejos papales está siempre formada por los representantes de las Órdenes religiosas, que caminan majestuosamente llevando una antorcha encendida. En cambio entonces, todos ellos, después de desfilar por la plaza y avanzar por la Basílica hasta la Confesión, salieron de allí para alinearse a derecha e izquierda del itinerario y formar escolta de honor al paso del Papa, poniéndose después en movimiento, y formando una especie de retaguardia. Allí iban Hermanos Penitentes, Capuchinos, Mercedarios, Mínimos, Conventuales, Menores de S.

Francisco, Agustinos, Carmelitas Calzados, Siervos de María, Dominicos, Monjes Benedictinos Olivetanos, Cistercienses, de Vallombrosa, Camaldulenses, Casinenses, Canónigos Regulares Lateranenses y del Santísimo Salvador y, por excepción benignamente concedida por el Padre Santo, quinientos Salesianos, representantes de varias Inspectorías y Misiones.

Al clero regular seguía el secular: alumnos del Seminario Romano, colegio de párrocos, canónigos y beneficiados de las colegiatas, después los de las basílicas menores y de las basílicas patriarciales, precedidos de las históricas Cruces y de las respectivas capillas musicales que cantaban el *Ave maris stella* durante el recorrido y el *Regina caeli laetare* al ingreso en la Basílica, porque la entrada de la procesión en San Pedro empezó mucho antes de que el Papa saliese de sus apartamentos privados.



Cerraban esta procesión los oficiales del Vicariato de Roma, con el Monseñor Vicegerente; los consultores, oficiales y prelados de la Sagrada Congregación de Ritos. Inmediatamente después iba el estandarte de don Bosco. A su aparición estallaron inmensos aplausos y estentóreos gritos de Viva don Bosco, que se prolongaron y multiplicaron por toda la plaza, acompañándolo hasta que desapareció dentro la Basílica. Sostenían la tela del mismo, de acuerdo con una antigua costumbre, los Hermanos de San Miguel in Borgo y hacían escolta de honor el Rector Mayor con su Consejo, el Procurador general y el Postulador de la Causa don Francisco Tomassetti, y los representantes del clero turinés, del seminario de Chieri y de la parroquia de Castelnuovo; además, seis inspectores salesianos con blandones encendidos.

Veíase en el estandarte a don Bosco colocado sobre nubes, de rodillas ante María Auxiliadora invocando su protección sobre el Oratorio de Valdocco, pintado en la parte inferior; al dorso, estaba don Bosco en pie, con las manos juntas, sobre un fondo de luz y de azul, en el que se perfilaba la Basílica de San Pedro y el Palacio Apostólico. Parecía, como se había escrito de él, proyectado por la Iglesia a la vista de todo el mundo, cual modelo de perfección y santidad para las gentes, de unión con el Romano Pontífice, de fe en Dios y de filial devoción a María Santísima Auxiliadora.

Hacía tres cuartos de hora que el público de la plaza y el del interior de la Basílica estaba contemplando este fantástico desfile cuando el Papa, hacia las ocho y media, salió de sus apartamentos y acompañado por su noble Antecámara eclesiástica y laica, escoltado por la Guardia Noble, precedido y seguido por la Guardia Suiza, se dirigía primero a la sala de las vestiduras, donde estaban reunidos los Cardenales. Desde allí, una vez revestido con los ornamentos sagrados (estola blanca con manto papal blanco recamado de oro, y mitra preciosa), se dirigió a la Capilla Sixtina con los Cardenales y empezó el sagrado rito. Después de administrar el incienso y entonar el *Ave maris stella*, tomó el más pequeño de los tres cirios, que le ofreció el cardenal Laurenti; luego, sentado ya en la silla gestatoria, precedido de la Capilla papal, descendió a través de la Sala Regia, hasta el portón de bronce.



Un pelotón de la Guardia Noble, destinado al servicio de honor junto al altar papal durante la función, salió a la plaza, dando la sensación de que el cortejo papal se acercaba. La multitud se fue callando con atención. Y empezaron a salir los sargentos de la Guardia Suiza, seguidos por los "Sediarii"; los Camareros de honor y secretos de capa y espada supernumerarios, los Procuradores del Colegio, el confesor de la familia pontificia con el predicador apostólico, los procuradores generales comunes pontificios portadores de las tiaras y mitras papales, los clérigos secretos, el abogado fiscal, los abogados consistoriales, los camareros secretos y de honor eclesiásticos, los capellanes cantores, los votantes de la Signatura papal, los clérigos de la Cámara Apostólica, los Auditores de la Sagrada Rota Romana con el Maestro de los Sagrados Palacios; los dos Capellanes secretos portadores de la tiara preciosa ordinaria y la mitra preciosa ordinaria del Pontífice, el Decano del Tribunal de la Signatura con el turíbulo, el Prelado auditor de la Rota revestido con ornamentos de subdiácono llevando la Cruz papal, entre

siete acólitos votantes de la Signatura con candelabros de cirios encendidos y junto a él dos Maestros Ostiarios de la Vara roja, dos subdiáconos apostólicos entre un diácono y un subdiácono griegos; después los penitenciarios de la Basílica con casulla blanca, precedidos de dos clérigos sosteniendo unas largas varas adornadas con laurel; a continuación los Abades mitrados, abades nullius, Obispos, Arzobispos, Patriarcas con pluvial blanco y mitra blanca.

Eran éstos ochenta y tres, quince de los cuales salesianos. Por último veintidós Cardenales revestidos con dalmática, casulla o pluvial, según que pertenecieran al Orden diaconal, presbiteral o episcopal. ¡Y finalmente el Papa!

Apareció en lo alto, sobre la silla gestatoria, bajo un amplio baldaquín, al lento ondear de los flabelos o grandes abanicos, como una blanca visión del cielo. Lo acogió un solo grito en muchas lenguas: ¡Viva el Papa! El palmoteo de los aplausos era tan fragoroso que casi cubría el sonido de las campanas y las marchas de las bandas militar. El Papa avanzaba, pasaba lentamente, sonriendo y bendiciendo. Con la mano izquierda, recubierta con un pañuelo de seda, sostenía el cirio encendido y con la derecha en alto impartía bendiciones con un amplio gesto, en el que parecía querer abrazar al universo mundo.

A los lados de la silla gestatoria procedían majestuosamente altos personajes de la Corte pontificia; a los cuatro lados los Suizos con el morrón, la coraza y las espadas representando los cuatro Cantones helvéticos; seguía otro denso grupo de dignatarios pontificios. Y cerraba el cortejo un piquete de la Guardia Palatina.

Subió el Papa la escalinata. Los rayos del sol lo envolvieron, mientras voces innumerables no cesaban de aclamarlo cariñosamente. Dentro de la Basílica esperaba otra multitud con todas sus ansias: una multitud de pueblo, autoridades y jóvenes. Al aparecer el Papa en el atrio, sonaron las trompetas de plata, cuyas notas eran recogidas y transmitidas a la plaza por poderosos altavoces. Fue ésta otra novedad, pero inferior todavía a otra más extraordinaria, a la transmisión por radio de toda la ceremonia, de la que gozaron cuantos quisieron hasta los últimos confines de la tierra.

El estandarte de don Bosco ya había levantado en la Basílica grandiosas aclamaciones, que llegaron al delirio cuando la multitud de muchachos concentrados en el crucero vieron la imagen querida del Padre; pero al ingreso del Papa, apenas resonaron las primeras suavísimas notas de la marcha de Longhi, toda la colossal Basílica pareció sacudida por el inmenso fragor de setenta mil voces que no cesaban de gritar: ¡Viva el Papa! Visiblemente conmovido adelantaba el Papa majestuosa y paternalmente, respondiendo a los vítores con amplias bendiciones. Cuando se calmó el primer entusiasmo, el sonido melodioso de las trompas de plata volvió a dominar el ambiente, infundiéndo reconocimiento en los espíritus. Eran muchos los ojos humedecidos por las lágrimas. Allí se experimentaba la grandeza sobrehumana del Vicario de Jesucristo. La atención universal estaba totalmente pendiente de su persona, seguía religiosamente todos los movimientos.

El cortejo papal se detuvo primero ante la Capilla del Santísimo Sacramento, donde el Padre Santo bajó de la silla gestatoria, postróse en adoración y, después, continuó el cortejo. Al llegar al altar papal, descendió de nuevo el Padre Santo y, arrodillado en el faldistorio, oró unos instantes sobre la tumba del Apóstol. Por fin, subió al trono. En él recibió la obediencia de los Cardenales, que se le acercaban y besaban la mano; de los Patriarcas, Arzobispos y Obispos, que besaban la cruz de la estola colocada sobre sus rodillas; de los Abades con el beso en el pie. Mientras tanto los cantores ejecutaban un *Dignare me* de Perosi. Asistían al Santo Padre como Cardenales diáconos los Eminentísimo Fumasoni-Biondi, Prefecto de Propaganda, y Fossati, Arzobispo de Turín. Después de estos preámbulos empezó la ceremonia de la canonización.

La solemne definición

Al acabar la obediencia, un maestro de ceremonias acompañó hasta el solio pontificio al cardenal Laurenti, Procurador de la Causa de Canonización; iba a su lado el abogado

consistorial Juan Guasco. Este, de rodillas, pidió al Pontífice en nombre del Cardenal Procurador, que se dignase inscribir al Beato Juan Bosco en el catálogo de los Santos. A aquella petición, hecha *instanter* (encarecidamente), respondió en nombre del Papa, el Secretario de los Breves ad Principes, Mons. Bacci, diciendo:

"Mientras en nuestros tiempos, con gran aplauso de los admiradores, se concede a veces la palma de la victoria a quien se distingue en cosas poco o nada merecedoras de exaltación, esta solemne celebración de un campeón del Cristianismo lleva consigo un grave aviso y ejemplo. Porque los méritos de la santidad cristiana sobrepasan la caduca gloria humana, tanto como el cielo supera en belleza a la tierra, y los goces de la felicidad eterna vencen a los míseros deleites de esta vida mortal. Por eso el Padre Santo deseaba vivamente que estas solemnes ceremonias, que vienen a enriquecer este año jubilar y a multiplicar sus saludables frutos, logren mover a todos, no sólo a formarse un concepto más propio y más alto de la santidad, sino sobre todo a seguir el camino arduo y derecho que conduce a la misma. Esto se podrá alcanzar, sin lugar a dudas, mediante la canonización de Juan Bosco, que no sólo se afanó con todas las fuerzas y a paso de gigante por llegar a la cumbre de la perfección evangélica, sino que dio también muchos hijos a Jesucristo, principalmente con la cristiana educación de la juventud. Por consiguiente, Su Santidad, aunque anhele recibir y satisfacer la petición que tan encarecidamente le habéis formulado y también los deseos y ardientes súplicas de la innumerable familia del Beato, quiere sin embargo que, según la antiquísima costumbre de la Sede Apostólica, se eleven por todos nosotros plegarias a la Corte celestial para el éxito de esta definición".



Entonces el Cardenal volvió a su puesto y el Papa se arrodilló en el faldistorio delante del trono, mientras los cantores entonaban las Letanías de los Santos, alternándolas con todos los presentes puestos de rodillas.

Acabadas las Letanías, sentóse de nuevo el Padre Santo en el trono. Entonces el Cardenal Procurador, con el mismo ceremonial y por medio del abogado consistorial, renovó la petición, pero con mayor insistencia, *instantius* (más encarecidamente). El Secretario de los Breves ad Principes respondió en nombre del Papa:

"No hay duda de que las plegarias y súplicas elevadas a la Corte celestial hayan sido de la máxima eficacia, ni se puede temer que lo que todos nosotros deseamos no esté conforme con el deseo de los Ángeles y Santos; más aún, el mismo Dios quiere dar a la Iglesia militante este glorioso modelo de santidad. Mas, aunque no haya ningún motivo de duda de que el Beato Juan Bosco goza en el cielo de la extrema felicidad que, con ayuda de la gracia, mereció por sus santas obras, sin embargo el Padre Santo hace saber por mi medio su voluntad de que, antes de pronunciar el infalible oráculo, pidan todos luz para cumplir este acto con el más escrupuloso cuidado".



Retiróse el Cardenal con el Abogado, y el Papa, quitándose la mitra, volvió al faldistorio y el Cardenal que le asistía a la izquierda, invitó a todos a rezar, diciendo: *Orate.*

Hubo una breve plegaria de todos los presentes, puestos de rodillas.

Después se levantó el Cardenal asistente a la derecha, pronunció el *Levate*, y todos se levantaron. Entonces el Padre Santo, servido por dos Obispos, que sostenían el ritual y la candela, entonó el *Veni Creator*. Acabado el himno, se acercó el Cardenal Procurador con el abogado para hacer la tercera petición, esta vez con la más fervorosa instancia *instantissime* (muy encarecidamente). Respondió como antes el Secretario de los Breves ad Principes:

- "Ante la imponente majestad de esta asamblea, que quiere recordar el esplendor de la Corte celestial y el sonido de las armonías divinas henos aquí

asistiendo a un suceso que redundará en sumo grado a la gloria de Dios y la salvación de las almas. El Vicario de Jesucristo procederá ya sin ninguna duda a su tan ansiada e infalible sentencia. Recibámosla prosternados y reconocidos e imploremos para nosotros y para la Iglesia militante las gracias celestiales, que ciertamente descienden hoy más abundantes que nunca de las manos de este bienaventurado receptor".

Había llegado el solemne momento. Pusieronse en pie Cardenales, Arzobispos y Obispos, con la mitra en la cabeza. Un profundo silencio reinaba, no sólo en el ábside, sino en todo el templo, ya que los altavoces habían logrado que se oyera hasta en los últimos rincones cuanto se había dicho y cantado. El infalible sucesor de San Pedro, silabeando gravemente las palabras, pronunció entonces esta fórmula:

- *En honor de la santa e individual Trinidad, para la exaltación de la fe católica e incremento de la religión cristiana, con la autoridad de Nuestro Señor Jesucristo, de los bienaventurados apóstoles Pedro y Pablo y Nuestra, después de madura deliberación y haber implorado repetidas veces la ayuda divina y oído el parecer de nuestros venerables hermanos Cardenales de la Santa Iglesia Romana, Patriarcas, Arzobispos, y Obispos residentes en la Urbe, decretamos y definimos que el Beato Juan Bosco es Santo y lo inscribimos en el número de los Santos, estableciendo que se honre devotamente su memoria por la Iglesia universal entre los Santos Confesores no Pontífices, cada año, en su día natal, es decir, el treinta y uno de enero. En el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo.*

Hubo un instante de silencio lleno de inefable emoción; después, de repente el sentimiento unánime de la multitud prorrumpió en una formidable aclamación, acompañada de frenéticos

aplausos. Parecía imposible poder refrenar aquel ímpetu de exaltación colectiva. En medio de aquel huracán se distinguía el gran conjunto de las voces juveniles, que parecía traspasar las bóvedas del templo. En la plaza resonaba el poderoso eco de la multitud allí amontonada. Las campanas de la Basílica y de las trescientas iglesias de Roma sonaban de continuo y anuncianaban a la Urbe que don Bosco era canonizado. Mientras tanto dos palomas mensajeras alzaban el vuelo para llevar a Turín, a la Casa Madre, el mensaje del Rector Mayor: "**Ciudad del Vaticano, primero de abril, a las diez y cuarto. Aleluya. El Vicario de Cristo acaba de proclamar Santo a don Bosco. Que él bendiga a Turín, a Italia, al mundo. Pedro Ricaldone**".

Cuando se calmó el entusiasmo, también por parte de los jóvenes que fueron los últimos en volver a la calma, el abogado consistorial dio las gracias, en nombre del Cardenal Procurador, al Padre Santo e imploró el envío de las Letras Apostólicas. Respondió el mismo Sumo Pontífice con la palabra: *Decernimus*, lo ordenamos. Entonces el abogado, volviéndose a los Notarios Apostólicos presentes, les invitó a redactar la escritura del acto de la canonización. El Protonotario respondió: *Conficiemus*, lo redactaremos; y, volviéndose después a los íntimos familiares del Papa que estaban alrededor del trono, los convocó para testigos diciendo: *Vobis testibus*. Después de esto, el Papa, con voz fuerte y sonora y casi con cierto arranque juvenil, que manifestaba la íntima satisfacción de su alma, entonó el *Te Deum*.



Los cantores, bajo la dirección del gran Perosi, siguieron el himno de acción de gracias, interpretando una nueva magnífica composición de su Maestro, a ocho voces y dos coros. Alternaban los versículos con los presentes en el ábside y con el pueblo. Gracias a los altavoces, los de fuera se unían formando un solo coro con los de dentro. En la alta galería brillaba al sol la "Gloria" del nuevo Santo en la pintura de Crida: Don Bosco entre nubes era llevado por los ángeles a los pies de Jesús resucitado. El Redentor elevaba su diestra, invitándole a entrar en el gozo celestial después de haberle dicho el *Euge, serve bone et fidelis* (Bien, siervo bueno y fiel).

El pintor había ideado felizmente una composición que juntara de algún modo la típica celebración de la gran jornada: la Pascua, la Redención y la glorificación del Santo.

Un número incalculable de almas participaba en aquellos momentos en el triunfo de don Bosco, desde Roma hasta la Tierra del Fuego.

Terminado el canto del *Te Deum*, el nombre del nuevo Santo resonó por vez primera con la invocación *Ora pro nobis, Sancte Joannes*, que entonó el Cardenal Diácono, e inmediatamente después en labios del Papa con el Oremus propio:

- "Señor, tú que has suscitado en san Juan Bosco Confesor un padre y un maestro para la juventud, y que por su medio, con la ayuda de maría, has querido hacer florecer en la Iglesia nuevas familias religiosas, concede, te lo

rogamos, que nosotros, encendidos en el mismo fuego de caridad, sepamos buscar almas y servirte a ti solo".

La ceremonia de la canonización había terminado. Siguió el Pontifical Papal con la solemnidad que es única en la soberana Basílica. El reloj de San Pedro daba las once.